



Nuel Salas

*La Musa
tras el Cristal*

UNA COMEDIA CARICATURESCA

A MEDIO CABALLO

ENTRE EL S.XXI Y EL MEDIEVO

Las maletas de la discordia.

Tras sus ojos verdes de esmeralda palpitaba oculta la nobleza de su corazón; una nobleza injustamente eclipsada por las manías, rarezas y excentricidades de las que hacía gala, pues ante todo él era un artista y su deber era comportarse como tal. Su nombre era Pepín Cañas, y había heredado su talento de José Cañas, novelista de obra póstuma fallecido en trágicas circunstancias. Con el fin de honrar la memoria de su difunto padre, Pepín se había propuesto continuar su legado y para ello había establecido un sacrificado plan de trabajo, dentro de lo que en el mundo del arte puede entenderse como *sacrificado*.

Aquella mañana, aun a pesar de ser una fecha señalada, se entregó como de costumbre a su trabajo. Salió de su casa ya con el casco de la moto puesto, un casco rojo, grande, que dejaba descubierta su cara pero que protegía su valioso intelecto pensante, y se introdujo en el ascensor. Fue al salir a la calle cuando el sol matutino se le derramó sobre sus ojos marchitos. A duras penas consiguió entreabrir sus legañosos párpados lo suficiente como para intuir su sombra sobre el suelo; se mostraba pequeña y vertical, y confirmó sus sospechas acercándose a la cara su pequeño reloj digital de estilo retro. Las 12:00, le informó entre la radiación luminosa que empapaba la ciudad. Todo artista sabe que las musas no trabajan por las mañanas, y a Pepín sólo le había hecho falta madrugar una vez en su vida para comprenderlo, pero ya había llegado el mediodía, y con él oficialmente la tarde, y debía poner en marcha su sacrificado plan de trabajo. Comprobó que su casco estaba bien sujeto y arrancó su Vespa para dirigirse hacia lo que era su

oficina, dentro de lo que en el mundo del arte puede significar la palabra *oficina*.

Su Vespa, de color marfil y con el número 23 pintado en uno de sus laterales, no era una moto cualquiera. Desde luego que no. Quizá fuera a simple vista algo antigua, pero en realidad era una auténtica pieza de coleccionista de principios de los ochenta que su difunto padre había comprado de segunda mano a una estrella italiana de cine. Era toda una joya que le imprimía parte de su carácter.

Durante el trayecto disfrutó de aquella famosa ciudad llena de luces y de rascacielos junto al mar mientras el cálido viento veraniego le acariciaba la cara, descubierta bajo el manto protector de su gran casco rojo. Pensó en lo afortunado que se sentía. ¿En cuántos trabajos le permitirían a uno vestir como realmente quería? En cualquier otro sitio le habrían obligado a quitarse sus gastados vaqueros de estilo retro para llevar pantalones de pinzas y le habrían obligado a quitarse sus deportivas de puntera blanca para ponerse zapatos de funeral. Y no digamos de la camiseta que llevaba: ¿le habrían dejado ir a trabajar con El Equipo A sobre su pecho?

Al llegar a su destino aparcó la moto junto a un grupo de jóvenes trabajadores, quizá comerciales por lo impecable de su indumentaria triste y gris que lucían como si fuese un triunfo social, pero que Pepín advirtió como un fracaso. Con una mirada altanera se paseó junto a su lado con el cuello estirado. Los jóvenes no pudieron evitar fijarse en Pepín, que con su grandísimo casco sobre la azotea se mostraba tan extraño como una seta roja, quizá venenosa, que crecía en el asfalto de la ciudad. Y Pepín, que se sintió observado, estiró todavía más el cuello y se hinchó de orgullo mientras caminaba hasta lo que era, más o menos, su oficina.

En el interior del local se encontraba lejos del peligro que suponía la calle para su cabeza. Allí no le caería ningún ladrillo que algún obrero no cualificado pudiese dejar caer

desde un séptimo piso por descuido; allí no le atropellaría ningún conductor suicida que le dejase tirado en mitad de la carretera con la cabeza abierta y su inteligencia derramándose sobre el asfalto. No. Allí se encontraba seguro, así que se quitó la protección y, dejando al descubierto una cabeza reluciente como su casco, se dirigió hacia su mesa de trabajo.

Sacó su ordenador portátil y se preparó, pero todavía le faltaba un detalle importante, así que levantó su mano de escribir, extendió uno de sus artísticos dedos, y buscó con la mirada para llamar a lo más parecido que tenía a una secretaria.

—¡Antonio! —gritó cuando su vista lo encontró entre la máquina tragaperras y la pizarra que anunciaba con tiza que el pulpo era plato del día.

El camarero vio al novelista, con la cabeza encendida bajo el chorro de luz de la lámpara. Seguía manteniendo el brazo en alto, pero su dedo extendido cambió de rumbo y apuntó a la mesa, justo al lado de su portátil, y no hicieron falta más palabras para que Antonio dejara lo que estaba haciendo y le llevase una buena jarra de cerveza fría y espumosa al que sin lugar a dudas era su cliente favorito.

La dejó sobre la mesa y no le dijo ni mu. La Estrella Polar, el bar de Antonio, era perfecto para su concentración, no como en su casa, donde últimamente estaba el ambiente enrarecido. En la Estrella Polar nadie le hablaba cuando tenía el portátil abierto —un simple «hola» podría desconcentrarle y echar por tierra el trabajo de toda una mañana—. El ruido de fondo tampoco le molestaba, al contrario, le ayudaba a disimular cualquier sonido más elevado que pudiese venir de la calle, como el llanto desconsiderado de un bebé hambriento o el injustificado claxon de un automóvil en un atasco. Además, la atmósfera cargada de humo y el olor a fritanga le anulaba el hambre. ¿Podría haber algo tan molesto como un rugido de tripas en mitad del proceso creativo?

En el bar se daban las condiciones óptimas para la escritura, pero faltaba otro detalle que le ayudaba a concentrarse: la suavidad y el candor de su mullidito casco. Se lo puso grande y rojo como era, reluciente, y el mundo empezó a desaparecer más allá de su mesa. Se había abstraído de todo lo que le rodeaba para concentrarse en la escritura. Para él ya no existía Antonio atendiendo a los clientes; la tragaperras y la máquina de café dejaron de hacer ruido porque, básicamente, dejaron de existir, y el bar, en su densa totalidad, también dejó de existir. Era como si se hubiese metido en una burbuja que lo aislaba del resto del mundo exterior.

Por suerte, la jarra de cerveza estaba dentro de su burbuja de abstracción, así que la cogió y dio cuenta de ella en un solo trago. Era un ritual necesario. Abrió la boca y en la intimidad solitaria de su burbuja expulsó con la fuerza de un guerrero aquellos gases que le apartaban del estado óptimo. El eructo, afinado en *do* con *surround* incluido, traspasó ampliamente las barreras de su burbuja de abstracción y llegó hasta el resto de clientes del local que miraban con asombro lo que parecía una seta roja a punto de escribir una novela.

Pepín se puso manos a la obra y en un momento de inspiración descargó toda la magia del novelista sobre el teclado. Para un escritor es mejor escribir un buen libro que mil libros mediocres; incluso es mejor escribir un solo capítulo o un solo párrafo de calidad que mil libros mediocres. Y Pepín, consciente de que la cantidad no era lo que buscaba, no paraba hasta que conseguía la calidad.

Tras pulsar el retorno de carro, leyó el párrafo que acababa de escribir.

«No... —pensó un poco decepcionado—. Esto no está a mi altura.»

Se rascó la nariz, y siguió pensando:

«Hombre, tampoco es tan malo.»

Entornó los ojos e inclinó su cabeza hacia la izquierda buscando una perspectiva más inclinada que le pudiera dar otra visión del texto.

«Bueno, no está nada mal.»

De repente se abrió una pequeña ventana que le dejó ver más allá de su burbuja de abstracción y allí estaba Antonio. Levantó el brazo, señaló la jarra de cerveza vacía y el camarero se la cambió por otra llena. Se la metió de un trago, entornó los ojos, inclinó la cabeza esta vez hacia la derecha y con la nueva perspectiva inclinada volvió a releer su párrafo.

«¿Que no está nada mal? ¡Está requetebién!»

Con la satisfacción del trabajo bien hecho —no olvidemos que es mejor un buen párrafo que mil libros mediocres—, cerró el portátil y se le aparecieron las paredes de la Estrella Polar, con Antonio, con el murmullo de sus clientes, con el tintineo de la tragaperras y con el olor a fritanga y a tabaco.

Pepín valoró la mañana. Últimamente no le era tan agradable volver a casa, pero había escrito un buen párrafo y merecía la comida que Madre le habría preparado así como su tradicional siesta. Además, seguro que en aquella señalada fecha, la de su treinta cumpleaños, Madre le estaría esperando con alguna sorpresa. Dejó unas monedas y se dirigió a la calle dejando atrás el ambiente cargado de bar. Al cruzar la puerta respiró el aire de Benidorm, aquella ciudad de rascacielos junto al mar, y miró al cielo; sus ojos se marchitaron de nuevo y maldijo al pesado de Lorenzo que como siempre azotaba la ciudad sin compasión.

—¡No, no y no! —exclamó Ramón totalmente indignado—. No puedes ser tan débil ante tu hijo.

Sagrario, la madre de Pepín, volvía a tener con su novio la misma discusión en torno a las dichas maletas.

—Ya es hora de que tu hijo aprenda a volar por sí mismo —continuaba Ramón su discurso—. Lo tienes sobreprotegido, y así no va a llegar a ser nadie en la vida.

—Pero... ¿es necesario?

—Mírame a mí. ¿Qué ves? —Sagrario echó un vistazo de arriba abajo a su novio y se dispuso a hablar, pero Ramón la interrumpió—: Yo te voy a decir qué es lo que ves. Delante de ti tienes a un hombre que no se amilana ante la disciplina; que no teme al trabajo duro, día sí y día también; que se esfuerza, desde que se levanta hasta que se acuesta. Y todo esto da sus frutos. Mírame. Cuando tenía trece años mi padre me pegó una patada en el culo y me echó de casa. ¿Crees que me vine abajo? No. Dormí en la calle. Fui limpiabotas hasta que conseguí comprarme un traje que utilicé para conseguir mi primer empleo de repartidor de periódicos. En aquellos tiempos conseguir un empleo no era tan sencillo como ahora. Ahorré cada peseta y cada real hasta que me pude montar una pequeña tienda de golosinas, donde trabajaba de día y dormía de noche, y cuando ésta dio dinero lo invertí...

Sagrario se lo sabía todo de memoria, aunque no terminaba de comprender cómo su padre podía haberlo echado de casa. En su discurso, la tienda de golosinas sufría una ampliación para vender prensa. Posteriormente la ampliaba para vender helados. La vendía y montaba una ferretería. Luego una tienda de muebles, y así seguía... montando varias tiendas más.

—Y ahora todo el mundo me respeta —continuaba Ramón como tenía programado—. ¿No te das cuenta de que cuando la gente me mira dice: «Mira, ahí va el bueno de Ramón», y sienten envidia de mí? La gente ve a un hombre hecho y derecho, que se ha forjado a sí mismo. Puede que la perfección no exista, pero estoy seguro de que se puede rozar, y si tengo que pagar el precio de levantarme todos los días a las seis de la mañana y trabajar hasta las once de la noche, lo pago. Y esto es lo que le hace falta a

Pepín: disciplina, esfuerzo, sacrificio y trabajo duro, y si lo proteges entre tus faldas nunca va a aprender a volar.

—Escúchame... —interrumpió Sagrario con toda la dulzura del mundo—, tienes que tener en cuenta que Pepín se esfuerza en lo suyo. Quiere escribir una novela, ser escritor como su difunto padre...

Mientras Sagrario hablaba, Ramón percibió en uno de los espejos que tenía el bigote ligeramente ladeado y se acercó a mirarse. «Sigue, sigue... que te escucho», dijo mientras redistribuía los pelos para que su bigote quedara milimétricamente perfecto. Comprobó que la raya del pelo estuviese perfectamente alineada, y su camisa perfectamente lisa y con los sobacos totalmente secos.

—...está haciendo lo posible por abrirse camino en este mundo —continuaba Sagrario— y yo intento ayudarlo. Por eso le he pagado sus estudios universitarios, para que...

—¡Universitarios! —interrumpió Ramón despectivamente, sobresaltado ante tal palabra y haciendo un esfuerzo para no soltar por su boca que eran el cáncer de esta sociedad.

—¡Ramón! A veces pienso que lo que quieres es que Pepín se aleje de nosotros para no tenerlo cerca.

Sagrario agachó la cabeza y miró con pena las polémicas maletas.

—No, mi pichurri —intentó calmarla, cambiando a un tono más amable—. Tienes que tener en cuenta que si hacemos esto es por su bien. Necesita aprender a volar, a cazar, y para eso debes de dejar de darle la comidita en la boca. ¡Que ya ha cumplido treinta años!

—¿De verdad, eso es lo que debemos hacer? —preguntó Sagrario entre lágrimas.

—Claro que sí, mi pichurri. Cuando mi padre me tiró de casa, de un día para otro, me hice un hombre. Créeme que me hice un hombre, yo sé lo que me digo. Y a Pepín no lo vamos a tirar de casa, porque vamos a estar los dos

vigilándolo sin que él se de cuenta. Sólo quiero que aprenda a vivir por sí mismo.

—Gracias, mi Ramón —dijo acercándose a sus brazos.

—Pero no lo olvides, tienes que ser fuerte ante su mirada de pena y no ceder, porque lo que vamos a hacer es por su bien.

Sagrario miró de nuevo las maletas, con tristeza.

—No sé si podré...

A Pepín no le pilló por sorpresa cuando volvió a casa, abrió la puerta y vio sus dos maletas marrones llenas de pegatinas en el suelo del recibidor; aquello se había estado mascando últimamente en el ambiente. No era la primera vez que sucedía y Pepín ya sabía cómo controlar aquella amenaza que estaba empezando a hacerse repetitiva. Cogió sus maletas y las sopesó. Parecía que tenían todas sus pertenencias. Las dejó en el suelo y avanzó por el pasillo.

—Madreee... —gritó buscándola—. ¿No vas a felicitar a tu querido hijo el día de su cumpleaños?

Madre no contestó. Normalmente acompañaba las maletas con los brazos extendidos y una mirada acuosa que Pepín desmontaba con facilidad extrema. Luego ella acababa dándole un beso y un achuchón que Pepín siempre repudiaba en gestos, por el tema de que ya era mayor para esas cosas, pero que en el fondo deseaba. Sin embargo, aquel día Madre no estaba ahí y ya estaba empezando a echar de menos tales muestras de efusividad. Siguió andando con la duda en el cuerpo hasta el final del pasillo y vislumbró una figura distorsionada a través del cristal de panel de abeja de la puerta.

—Madreee... —le dijo a la figura del cristal—. ¿No vas a dar un abrazo y un besito a tu querido hijo el día de su cumpleaños?

La figura ni se inmutó. ¿Era posible que Madre se estuviese volviendo dura con el paso del tiempo? Se empeza-

ba así, negando el beso a un hijo el día de su cumpleaños, y se terminaba a saber Dios cómo, olvidándose de teparle con una mantita cuando se quedaba dormido en el sofá durante su merecida siesta, olvidándose de prepararle sus sabrosas cenas, o peor aún, sugiriendo que tenía que empezar a buscar un trabajo físico. Un escalofrío recorrió su cuerpo. Cuando se repuso, se preparó para sacar su artillería pesada. Se quitó el casco rojo, cual caballero que se quita su yelmo para arrodillarse ante su reina, y cabizbajo y dejando en evidencia su brillante cabeza, dejó que sus antiguos recuerdos de familia le invadieran.

—Madre... —dijo apenado, con la voz temblorosa y con un amago de lágrima en sus ojos verdes de esmeralda—. ¿No echáis de menos a Padre en un día tan señalado como es este? Necesito un abrazo, Madre...

Abrió la puerta con decisión, con los brazos preparados para recibir su afecto, y la emotividad de la escena se rompió como la melodía rayada de un disco de vinilo. Allí estaba Ramón, el cabeza cuadrada, el nazi impasible, el dueño y señor del esfuerzo, del sacrificio, del trabajo duro y de la disciplina. Impoluto como siempre vestía de riguroso Lacoste, la marca pija del cocodrilo: siempre llevaba camisas, polos y pantalones Lacoste, ya que eso era símbolo de bonanza económica y de pertenecer a cierta clase social acomodada. Sus zapatos también eran de la marca; incluso sus alzas, que lo elevaban poco más allá del metro cincuenta con el estilo y la elegancia de la firma. Pepín ignoraba si también existían tan prestigiosos calzoncillos, pero si alguien había confeccionado ropa interior con un cocodrilo acechando la entrepierna, seguro que Ramón la llevaba.

Allí estaba Ramón, mirando fijamente, con semblante serio y con ojos de disfrutar de la situación. Su bigote escondía una mueca de satisfacción contenida. Arropado por sus secuaces cocodrilos, por su autoritarismo y por su mala leche, aquel canijo imponía como si fuese un gigante a punto de destrozar al caballero.

—Tu madre no está —emitió con un sonido gutural—. Coge tus maletas y aprende a buscarte la vida.

Pepín se había desprovisto de su yelmo y se mostraba en inferioridad de condiciones, pero había sido el factor sorpresa lo que lo había dejado sin posibilidad de réplica. Uno a cero, ganaba Ramón.

—Pero... ¿dónde voy a dormir esta noche? Necesito cierto tiempo para buscarme algo... —dijo Pepín inseguro en un intento de darle la vuelta a la situación.

—Aquí tienes un número de teléfono —le tendió una pequeña tira de papel cortada a mano donde ponía: se busca compañero@ de piso, teléfono 654 126 8... Preguntar por Silvana.

Dos a cero, seguía ganando Ramón.

Pepín llevaba tiempo conviviendo con él y había subestimado a su adversario, pero el resultado no era definitivo; al fin y al cabo él era un escritor y su potencial estaba en su intelecto, así que se repuso de los dos duros golpes que había recibido y se estrujó los sesos para dar con una buena frase que le parara los pies y le dejara a la altura de sus alzas. Pepín pensó hasta que encontró algo con lo que devolvérsela y sonrió vengativo. Miró fijamente al que iba a ser su presa y justo cuando se disponía a contraatacar con el ingenio de su lengua, percibió una mirada y un gesto que conocía. Mientras la mano de Ramón ascendía para acariciarse su frondosa cabellera, su mirada rencorosa se posaba sobre la yerma cabeza de Pepín. Pepín agachó la cabeza y con el tres a cero tiró la toalla. Ocultó sus vergüenzas con su casco y sin abrochárselo dio media vuelta. Avanzó vencido hasta aquellas maletas de la discordia y, cargando con el peso de su falta de pelo, desapareció de la que había sido su casa.

Una vez en la calle, miró a su alrededor y se sintió asustado. Benidorm, el Manhattan español, la ciudad de los rascacielos, lo hacían pequeño e indefenso, lo miraban diminuto en su impotencia, y la calle, abarrotada de gente, lo

sumió en la extraña confusión que produce el sentimiento de soledad cuando aparece en mitad de un gentío, así que clamó al cielo para que lo ayudara.

—Por favor, Dios, haz que se haga justicia. Una vez me quitaste a Padre, y ahora, me quitas mi casa y los favores de Madre. Ayúdame a recuperarlos y a poner al cabeza cuadrada de Ramón en su sitio. Dame una señal, oh, Señor.

En ese momento un joven que repartía propaganda por la calle le dio un panfleto:

Profesora Azul

La Gran Ilustre Vidente Médium

La poderosa maga con más experiencia en todos los campos de la alta magia viene de un entrenamiento conocedor del budú en el desierto africano. Poseedora del espíritu mágico más rápido que existe, ha resuelto miles de casos imposibles en todo el mundo.

No espere más y deje de seguir sufriendo. Pídale ayuda. Ella resuelve todo tipo de problemas por difíciles que sean.

Resultado al 100% en 72 horas o reembolso garantizado.

Ella confía en su trabajo, confíe usted en ella.

También acepta trabajo por correspondencia en caso de no poder desplazarse al lugar.

Recibe todos los días de 24:00 a 04:00 horas. Benidorm. 629 666 6...

Pepín sonrió con el papel en sus manos, lo apretó contra su pecho y dio gracias al cielo. La profesora Azul solucionaría todos sus problemas. ¡Y en menos de setenta y dos horas!

La cerveza consagrada

Pepín entró en el bar con las dos maletas llenas de pegatinas en sus manos; con aquel fabuloso casco parecía un aventurero que viajaba con todo su equipaje en un globo aerostático rojo y brillante por el cielo del bar. Tenía el ceño fruncido, aunque algo apaciguado porque, tras hablar con la tal Silvana, había quedado con ella a final de tarde para ver si alquilaba la habitación y por alguna razón incomprensible aquella muchacha le había dejado un buen sabor de boca a través del teléfono; quién sabe qué podía ocurrir aquella noche. Se dirigió a su mesa de trabajo y dejó las maletas en el suelo.

Allí desplegó su portátil y esperó pacientemente a que apareciese su agente literario; tenía que pedirle algo importante. Se llamaba Serafín y era todo un hombre de carrera: había estudiado Marketing y Publicidad en la universidad. Por azares del destino había acabado de funcionario de Hacienda que ejercía de agente literario en su tiempo libre, aunque él se empeñaba en afirmar que era un agente literario que ejercía de funcionario en su tiempo libre; especialmente cuando se encontraba cerca de Pepín o de su madre .

Pepín no tuvo que esperar mucho para verlo, el exquisito paladar de Serafín lo llevaba siempre hasta la comida que Antonio servía en la Estrella Polar. Al entrar, cargando con su rechoncho cuerpo de barrilete, no le pasó desapercibido aquel portento rojo y brillante sobresaliendo sobre el resto de cabezas. Avanzó totalmente extrañado hasta su gallina de los huevos de oro.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Serafín ocultando su perplejidad tras aquellos generosos mofletes de perro pa-

chón.

—Verás, querría pedirte algo...

—Ya, pero... ¿qué haces aquí? Si ésta es la hora de tu siesta.

Pepín desvió sus ojos llenos de resignación, evitando la respuesta. En su lugar le invitó a leer el párrafo que había escrito antes de que le echaran de casa.

—Hoy he escrito un párrafo de apertura que quita el hipo. Lee, lee.

Serafín, que se encontraba de pie al costado del artista, entornó los ojos y empezó a leerlo. Hizo una primera lectura rápida. No se enteró de mucho, pues el párrafo constaba de una única frase de casi doscientas palabras, con varias proposiciones de relativo, unos pocos complementos indirectos y unos cuantos condicionales. Sacó de su bolsillo un pañuelo y empezó a secarse el sudor de su pálida cara de botijo poroso mientras releía el párrafo para ver si se enteraba de algo. Se tomó su tiempo hasta que sus tobillos empezaron a tambalearse. Miró a Pepín embutido en su gran casco rojo para concluir:

—Un gran párrafo, sin duda —dijo agotado.

Pepín lo miró fijamente con un gesto impasible mientras Serafín guardaba aquel pañuelo saturado de sudor en el bolsillo de su chaqueta. Violentado ante la mirada inquisitiva del novelista, el agente volvió a emitir su juicio:

—Un grandísimo párrafo, sin duda, majestuoso, magnífico, digno de un talento sin parangón en el mundo entero.

Pepín esbozó una sonrisa relajada y se aprovechó de aquellos piropos:

—Querría pedirte algo importante. Parece que los astros se han aliado contra mi persona para desestabilizarme y que no escriba. ¿Podrías adelantarme algo de dinero para encontrar la paz y la concentración que necesita mi talento?

Serafín se indignó, pero Pepín siguió insistiendo:

—A cambio te doy este majestuoso y magnífico párrafo como anticipo.

—Termina el libro y luego hablamos —atinó a decir Serafín con cierto malestar.

—No es un libro. Es sólo un párrafo de apertura, para practicar. Todavía no he empezado a escribir *mi* libro.

—¿Y a qué estás esperando?

Serafín se desesperaba. A pesar de su sueldo de funcionario, algunos de sus vicios estaban empezando a originarle deudas. Es por esto que había depositado sus esperanzas en Pepín para sacar una buena tajada económica y quería sacarla antes de que un mal prestamista quisiera resarcir sus deudas.

—Espero a que llegue el momento —contestaba Pepín con calma—. Si fueras un artista como yo entenderías que el arte no surge cuando uno quiere. Son las musas quienes deciden cuándo nos tocan con su varita mágica.

—Yo de ti no esperaré a las musas. Haz caso a tu agente y empieza el libro ya.

Serafín se dio media vuelta indignado y traqueteando su magnífico culo a ritmo de enfado se subió de un salto en una banqueta de la barra, dispuesto a olvidar aquella conversación.

Pepín podría haberse desesperado ante la negativa de un anticipo económico, pero todo invitaba al optimismo, pues estaba esperando la llamada de la profesora Azul, la Gran Ilustre Vidente Médium que resolvería sus problemas. Sin embargo, las últimas palabras de Serafín le habían calado. Quizá, sólo quizá, los últimos acontecimientos le estaban invitando a ponerse manos a la obra. Quizá hubiese llegado el momento de intentarlo. Agitó su mente y posó su vista sobre la pantalla del portátil, los ojos entornados. Su burbuja de abstracción se cerró con fuerza sobre él, aislándolo de aquel mundo injusto que le retiraba los favores de Madre y lo empujaba a una vida de techo incierto para introducirlo en un mágico y bello mundo donde cualquier